Año CLXXI Diciembre 2017 N. 10

BOLETÍN OFICIAL
DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO

- M M X V I I -

ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Escritos dominicales
-Aguardamos la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo, el 3 de diciembre... 347
-Inmaculada, una concepción sin mancha, el 10 de diciembre..... 349
-"Aclamen los árboles al Señor, que ya llega", el 17 de diciembre..... 350
-La alegría de la Naviad, el 24 de diciembre..... 352
-Termina otra vez un año, el 31 de diciembre..... 353
II. Homilías
-Solemnidad de la Inmaculada Concepción de María..... 355
-Sagradas Órdenes de Presbiterado y Diaconado..... 358
-30º Aniversario de la Ordenación Episcopal..... 360
III. Otros escritos
-Mensaje de Navidad..... 363

Secretaría general

I. Decretos
-Supresión de la Casa de Dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazaret, de Portillo de Toledo..... 365
-Decreto de Constitución del Aula de Teología "Cardenal Marcelo González Martín"..... 366
-Actualización de los Estipendios de Misas en la Provincia Eclesiástica de Toledo..... 368
II. Nombramientos..... 371
III. Ejercicios espirituales..... 371

Año CLXXI - Núm. 10 Diciembre 2017

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

Sr. Arzobispo

I. Escritos

AGUARDAMOS LA MANIFESTACIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Escrito dominical, 3 de diciembre

Necesitamos empezar muchas veces; es nuestra condición humana. Pero iniciar es algo grande y siempre atrae. Hoy iniciamos el tiempo de Adviento y, casi sin darnos cuenta, estamos de nuevo en otro Año litúrgico. De manera inmediata nos preparamos para la gran fiesta de la Navidad, en que recordamos el misterio de la encarnación de Jesús. Pero, como el Señor ya vino, el Adviento tiene también el sentido de prepararnos para su vuelta definitiva. El primer domingo de la espera tiene justamente iluminar este aspecto del tiempo de Adviento/Navidad hasta el día del Bautismo de Cristo. Les invito a que lean despacio las lecturas de este día 3 de diciembre.

¿Qué esperamos, hermanos? Las noticias hablan muchas veces de las esperanzas de los hombres. Son esperanzas legítimas: que se va a conseguir una nueva vacuna o medicamento; que mejore el clima, porque estamos mal, con cambios climáticos que nos asustan; que la ciencia explique o consiga dominar fenómenos que nos aterran. En las familias se da el anhelo de que se solucione un problema, de conseguir un trabajo o de recuperar la salud de alguno de sus miembros. Es propio del hombre esperar, y cuando se consigue un bien, se espera otro mayor. Lo conseguido abre el horizonte de lo que ha de venir.

¿Será así también entre nosotros cuando nos proponemos vivir la fe y dar testimonio de Cristo? En este tiempo nuestro, que es el que sigue a la resurrección de Jesús, en el que se alternan de forma continuada momentos de

serenidad con otros angustiosos, los cristianos –dice el Papa Francisco- no se rinden nunca. En una reciente catequesis de los miércoles (el 11 de octubre último), indica él que el Evangelio recomienda ser como los siervos que no van nunca a dormir, hasta que su jefe no haya vuelto. Este mundo exige nuestra responsabilidad. Jesús quiere que nuestra existencia sea trabajosa, que nunca bajemos la guardia, para acoger con gratitud y estupor cada nuevo día que Dios nos regala. Cada mañana es una página en blanco que el cristiano comienza a escribir con obras de bien. Se nos pide, pues, una dimensión de *espera vigilante*. La pide Cristo. En el evangelio de hoy, mediante la parábola del hombre que se fue de viaje, Jesús nos envía un mensaje claro: velad.

¿Cómo debemos hacerlo? He aquí una piedra de toque para nosotros, católicos de esta hora. Todo nos parece muy difícil; lo que pide de nosotros Jesús es para héroes: ¿pedirles a los jóvenes que sea consecuentes con su fe, cuando el mundo va por otro lado? ¿Pedir a los padres que se sacrifiquen por sus hijos y sean ante ellos coherentes y enseñen con su ejemplo? ¿Pedir a los profesionales y a los políticos cristianos que vivan lo que su fe les muestra para ser fieles al Evangelio? ¿Pedir a nuestros sacerdotes que convenzan con paciencia a padres que pretender una iniciación cristiana inaceptable para sus hijos, con los clásicos "arreglos" que tantos demandan porque hoy no se puede ser tan exigente? ¿Cómo llegar a ser semejantes a aquellos siervos que pasaron la noche con los lomos ceñidos y las lámparas encendidas? Eso es lo que dice la Doctrina Social de la Iglesia. Hemos de sentir que ya hemos sido salvados por la redención de Cristo, pero ahora esperamos la plena manifestación de su señorío, el reinado de Dios sobre nosotros.

El Santo Padre nos indica en su catequesis que el cristiano no está hecho para el tedio; en todo caso, para la paciencia. Sabe que también en la monotonía de ciertos días siempre iguales se esconde un misterio de gracia. Hay personas que con la perseverancia de su amor se convierten en pozos que riegan el desierto. Hay que animarnos a apoyarnos en la fortaleza que nos el Espíritu Santo para mantener el testimonio de la fe. Ninguna noche es tan larga como para hacer olvidar la alegría de la aurora. Y cuanto más oscura es la noche, más cercana está la aurora. Si permanecemos unidos a Jesús, el frío de los momentos difíciles no nos paralizará. El cristiano ha de saber siempre que, aunque el mundo entero predica contra la esperanza y dice que el futuro del cristianismo traerá solo nubes oscuras, en el mismo futuro está en el retorno de Cristo, que al final de nuestra historia esta Jesús Misericordioso para tener confianza y no maldecir la vida.

Después de haber conocido a Jesús, nosotros no podemos hacer otra cosa más que escrutar la historia con confianza y esperanza. Cristo es como una casa y nosotros estamos dentro y desde las ventanas de esta casa miramos al mundo. Por eso, no nos cerramos en nosotros mismos, no lamentamos con

melancolía un pasado que parece dorado, sino que miramos siempre adelante, a un futuro que no es solo obra de nuestras manos, sino sobre todo es una preocupación constante de la providencia de Dios. Con María esperamos a Jesús; digamos con ella las palabras *Marana tha*, que encontramos en el último versículo de la Biblia: "Ven, Señor Jesús" (Ap 22,20).

INMACULADA, UNA CONCEPCIÓN SIN MANCHA

Escrito dominical, 10 de diciembre

El tiempo de Adviento ya comenzado, contiene dos llamadas importantes que afectan a la fe concreta de los católicos y de aquellos que nos quieran escuchar: La celebración de la Concepción Inmaculada de la Madre de Jesús y su disposición a recibir en nosotros a Cristo, siempre pero también en esta Navidad, y hacerlo nosotros como Ella.

No sé si compartimos el intenso gozo espiritual que expresa el poeta Dante cuando contempla a la Virgen María como "La más humilde y a la vez la más alta de todas las criaturas, término fijo de la voluntad eterna" (*Paraíso*, XXX III, 3). En María resplandece la eterna bondad del Creador que, en su plan de salvación, la escogió de antemano para ser Madre de su Hijo Unigénito y, en previsión de la muerte de Él, preservó a Ella de toda mancha de pecado. Ya sabemos, sin duda, el contenido del dogma de la Inmaculada. Pero tal vez no hemos sacado todas sus consecuencias para nuestra vida. ¿Les importa considerar conmigo algunas de estas consecuencias con la mirada sobre María, la Inmaculada?

En la Madre de Cristo y Madre nuestra se realizó perfectamente la vocación de todo ser humano: todos, hombres y mujeres estamos llamados a ser santos e inmaculados ante Dios por amor. Pero, ¿quién puede llegar a esta cumbre? Ciertamente es difícil; y cuando lo comprobamos pueda ser que nos desanimemos: "Mejor lo dejamos", dicen muchos. Esto es lo que quiere nuestro mundo, tremendamente mediocre y tantas veces incapaz de hacer esfuerzo. No, hermanos, al mirar a la Virgen se aviva en nosotros, sus hijos, la aspiración a la belleza, a la bondad y a la pureza de corazón. Su candor celestial nos atrae hacia Dios, ayudándonos a superar la tentación de una vida mediocre, hecha de componendas con el mal, para orientarnos con determinación hacia el auténtico bien, que es fuente de alegría.

Después de celebrar la fiesta de la Inmaculada, entraremos en esos días de sugestivo clima de preparación para la Navidad. Clima que, por desgracia, sufre todo un embate de contaminación comercial, que corre el peligro de alterar el auténtico espíritu, que ha de caracterizarse por el recogimiento, la

sobriedad y una alegría no exterior sino íntima. Miren ustedes la iluminación de nuestras ciudades y pueblos y comprobarán que con mucha frecuencia son luces, adornos,... pero que no aluden directamente a la fiesta que celebramos, pues se quedan en ornamentación que puede valer para cualquier fiesta de invierno. No acepten, por favor, ese fraude.

En este sentido, es providencial que la fiesta de la Madre de Jesús se encuentre casi como puerta de entrada a la Navidad, puesto que Ella mejor que nadie puede guiarnos a conocer, amar y adorar al Hijo de Dios hecho hombre. Dejemos, pues, que Ella nos acompañe; que sus sentimientos nos animen, para que preparemos con sinceridad de corazón y apertura de espíritu a reconocer en el Niño de Belén al Hijo de Dios que vino a la tierra para nuestra redención y felicidad. Caminemos juntamente con Ella en la oración, y acojamos la repetida invitación que la Liturgia de Adviento nos dirige a permanecer en vela, porque el Señor no tardará: viene a librar a su pueblo del pecado.

¿Por qué no celebrar con ese espíritu la fiesta de Santa María, Madre de Dios el 18 de diciembre, puesto que es posible hacerlo en la Diócesis de Toledo en Rito Hispano-Mozárabe? Ella nos preparará para tan gran misterio, pues es Virgen de la Esperanza, Virgen de la O, y estamos seguros que ruega por nosotros.

"ACLAMEN LOS ÁRBOLES AL SEÑOR, QUE YA LLEGA"

Escrito dominical, 17 de diciembre

El Hijo de Dios hecho hombre, a quien llamamos Jesucristo, nos ha visitado en su primera venida con su nacimiento en la verdad de nuestra carne: en la Navidad. Pero en su segundo y definitivo adviento (= venida) volverá para juzgarnos. ¿Qué sentimiento nace en nuestro interior ante esas dos venidas de Jesús, sobre todo aquella en la que seremos juzgados? ¿De sorpresa, de alegría, de temor? No podemos, en cualquier caso, quedarnos sólo con una rutinaria celebración de Navidad, que celebra todo el mundo por tradición, o porque se reúne la familia; y, si no fuera así, ¿qué hacer cuando todo el mundo celebra esta fiesta sin saber mucho qué celebra o por qué la celebra y lo normal es que la celebre "cansinamente"? Es triste que tantos cristianos no sepan qué celebramos en Navidad.

Pero la segunda venida del Señor, ¿está en el contenido de nuestra fe? Sin duda. Y mucha gente no lo sabe. Pero quien ama al Señor en la fiesta de Navidad sabe no puede por menos que esperarle lleno de gozo en su segunda venida. Recordemos las palabras de san Agustín: "Primero vino en la persona de sus predicadores, y llenó todo el orbe de la tierra. No pongamos resistencia

a su primera venida (Navidad), y no temeremos la segunda" (*Comentario al Salmo 95*). Entonces, ¿todo se encierra en estas dos venidas? No hermanos, pues entre ambas venidas, Dios está también en medio de nosotros, en medio del mundo y de la historia, y continúa saliendo a nuestro encuentro en los acontecimientos de la vida ordinaria, mostrándose de mil modos.

¿Qué debe hacer, por tanto, el cristiano? Si queremos reconocer la venida de Cristo en medio de esta civilización tan adulta en poder, tan opulenta en tecnología y progreso, pero tan débil en su fragilidad moral, necesitamos hacernos niños pequeños y no perder la esperanza de encontrarle hasta decirle con nuestro ser: "¡Señor mío y Dios mío!" El consejo de san Agustín es que nos sirvamos de este mundo, pero no servir a este mundo. ¿Qué quiere decir esto? No se trata de "músicas celestiales". Es importante la cuestión.

Digámoslo sin rodeos: que los que tienen bienes de este mundo han de vivir como si no tuvieran. ¿No es demasiado fuerte esta afirmación? No es demasiado fuerte; es la paradoja cristiana, por el apego nuestro a quedarnos en las cosas, en nuestros bienes y no amarlos desde Dios, con esa distancia que nos impide que seamos ambiciosos y ese mismo apego nos impide que los bienes de este mundo sean para nosotros fuente de gozo. Es un cambio de perspectiva muy interesante. Lean despacio en la primera Carta de san Pablo a los Corintios el capítulo 7, sobre todo los versículos 29-35.

Por eso, el que se ve libre de preocupaciones espera seguro la venida de su Señor. De lo contrario, ¿qué de amor a Cristo es el del que teme su segunda venida? No puede ser que digamos que le amamos y temamos su venida. Cierto: tenemos pecado, y por eso tememos encontrarnos con Él. En cualquier caso, Él vendrá, lo queramos o no. Vino la primera vez y vendrá de nuevo a juzgar a la tierra. Y ante el juicio que siempre nos asusta, lo mejor es hacer lo que Jesús nos dijo que hiciéramos con los demás, para escuchar de sus labios: "Venid, benditos de mi Padre, a tomar posesión del Reino que está preparado para vosotros desde la creación del mundo". ¿Esto es para todos? No, sólo los que han hecho obras de misericordia escucharán esas palabras de Cristo; y la razón es muy sencilla: "Porque tuve hambre y me distéis de comer, tuve sed y me distéis agua" y lo que sigue.

He aquí un buen programa para preparar la Navidad. Tener en cuenta a los demás, a los que están a nuestro lado, sobre todo a los que sufren, pues en ellos encontramos a Cristo. Sin duda que para actuar como Jesús es preciso aceptar su fuerza y su gracia para vivir como Él vivió. Si aceptamos la venida del Salvador en Belén y le adoramos como nuestro Señor, ni el Espíritu Santo, ni Jesús Niño nos dejarán sin el amor del Padre y la intercesión de María, la Madre del que va a nacer.

LA ALEGRÍA DE LA NAVIDAD

Escrito dominical, 24 de diciembre

Hasta hace relativamente poco, grandes autores en sus obras literarias hablaban o describían de un modo atrayente la alegría de la Navidad, aún en medio de dificultades y dolores de la vida difícil de los pobres. Sucede lo mismo en la producción poética o en la historia de la música. Recordamos aquí, por ejemplo, a tantas narraciones navideñas, o a Charles Dickens con sus relatos sobre la Navidad y su famosa canción de Navidad. Pero antes en la tradición cristiana contenida en la producción teológicas de los Santos Padres se escriben preciosidades teológicas sobre el nacimiento de Cristo, y, ¿qué decir de las alegres y desenfadadas composiciones musicales sobre Navidad, y tantos villancicos que llegan a nosotros en este tiempo?

También un escritor como Gilbert K. Chesterton sentía la Navidad de ese modo. Pero, cuando habla de ella, este escritor católico teme quedarse en la superficie del sentimiento. Por eso bucea hasta su raíz cristiana: ¿No hacían esto los Padres de la Iglesia ni tanto pintores o músicos con melodías y alabanzas al misterio de la Navidad? Nos viene bien por ello a los católicos actuales, cuando nos deseamos Feliz Navidad, preguntarnos si tenemos que aceptar sin ningún reparo o posición crítica la "alegría" que se nos ofrece en el escenario de la Navidad: las grandes iluminaciones, las fiestas de todo tipo, los espectáculos que ayuntamientos u otras organizaciones, para pasar "unas buenas Navidades". Yo, desde luego, no estoy dispuesto a renunciar a la alegría de la Navidad, que conmemora el nacimiento de un Niño desvalido, pero que es el Hijo de Dios, hecho carne. Pero tampoco estoy dispuesto a aceptar de modo bobalicón cuanto hay estos días en el "mercado" de la Navidad, sin pararme a juzgar qué se nos ofrece en lo que, para algunos no pasan de ser *días del solsticio de invierno* o fiestas de invierno.

Veamos primero qué piensa Chesterton, uno de los escritores católicos más agudos del siglo XX. Afirma este autor: "Que se nos diga que nos alegremos el día Navidad es razonable e inteligente, pero sólo si entiendo lo que el mismo nombre de la fiesta significa. Que se nos diga que nos alegremos el 25 de diciembre es como si alguien nos dijera que nos alegremos *a las once y cuarto de un jueves por la mañana*. Uno no puede alegrarse así, de repente, a no ser que crea que existe una razón seria para estar alegre. Un hombre podría organizar una fiesta si hubiera heredado una fortuna; incluso podría hacer bromas sobre la fortuna. Pero no haría nada de eso si la fortuna fuera una broma. No se puede montar una juerga para celebrar un milagro del que se sabe que es falso. Al desechar el aspecto divino de la Navidad y exigir solo el humano, se está pidiendo demasiado a la naturaleza humana. Se está

pidiendo a los ciudadanos que iluminen la ciudad por una victoria que no ha tenido lugar".

Gilbert K. Chesterton ya veía esa reducción de la Navidad en el Londres de finales de la tercera década del siglo XX (él muere en 1936), antes de la 2ª guerra mundial. ¿Qué diría hoy ante tanta fiesta de invierno, vacaciones de nieve, espectáculos que tienen el Nacimiento de Cristo solo como excusa? La alegría de Navidad no puede llegar si nos apartamos de la senda de la Iglesia en su Liturgia, en la celebración del perdón y de la Eucaristía; tampoco si la alegría del amor de Cristo, que nace, no nos lleva a amar y acoger a los demás, sobre todo a los más pobres, si no estamos dispuestos a vivir la justicia y rechazar desigualdades inadmisibles.

No renunciemos a la alegría de Navidad, alegría sana, familiar y bullanguera, la que conocimos reunidos con los amigos y los vecinos, que nos permite gozar de la fiesta de modo genuino, sin tantos artificios. "Alegraos siempre en el Señor; os lo repito, alegraos (…) El Señor está cerca" (Flp 4, 4-5). La palabra "alegría" es sin duda un concepto fundamental del cristianismo, que por su propia esencia es y quiere ser "Evangelio", Buena Noticia. A pesar de ello, el mundo está confundido con el Evangelio y con Cristo *precisamente en este punto*, apartándose del cristianismo en nombre de la alegría, que él, con sus infinitas exigencias y prohibiciones, habría arrebatado al hombre. No, no es tan fácil ver la alegría de Cristo como el placer banal procedente de algún goce.

Con todo, sería falso interpretar las palabras "alegraos en el Señor" con el significado de "alegraos, *pero* en el Señor", como si de este modo debiera anularse en la oración subordinada lo que se había dicho en la principal. Se dice "alegraos en el Señor", por la sencilla razón de que san Pablo cree evidentemente que toda verdadera alegría está contenida en Él y que fuera de Él no puede haber regocijo auténtico. Así lo creo yo también: la alegría viene con Cristo que nace y trae el Reino de su Padre a una tierra que muere de tristeza. Feliz Navidad.

TERMINA OTRA VEZ UN AÑO

Escrito dominical, 31 de diciembre

"Cuando se cumplió el tiempo establecido, Dios envió a su Hijo, nacido de una mujer y sujeto a la ley, para redimir a los que estaban sometidos a la ley y hacernos hijos adoptivos" (*Gál* 4,4-5). Son palabras adecuadas para un final de año, pues de manera breve y concisa nos introducen en el proyecto que Dios tiene para con nosotros: que vivamos como hijos en el tiempo, para serlos por toda la eternidad.

Toda la historia de salvación encuentra eco aquí: el que no estaba sujeto a la ley, decidió por amor, perder todo tipo de privilegio y entrar por el lugar menos esperado para liberar a los que sí estábamos bajo la ley. Y, la novedad es que decidió hacerlo en la pequeñez y en la fragilidad de un recién nacido. En Jesucristo, Dios no se disfrazó de hombre, se hizo hombre y compartió en todo nuestra condición. Quiso estar cerca de todos aquellos que se sienten perdidos, avergonzados, heridos, desahuciados, desconsolados o acorralados. Cercano a todos aquellos que en su carne llevan el peso de la lejanía y de la soledad, para que el pecado, la vergüenza, las heridas, el desconsuelo, la exclusión, no tengan la última palabra en la vida de sus hijos.

Al terminar otra vez un año, nos detenemos frente al pesebre, para dar gracias por todos los signos de la generosidad divina en nuestra vida y en nuestra historia, que se ha manifestado de mil maneras en el testimonio de tantos rostros que anónimamente han sabido arriesgar. Acción de gracias que no quiere ser nostalgia estéril o recuerdo vacío del pasado idealizado y desencarnado, sino memoria viva que ayude a despertar la creatividad personal y comunitaria porque sabemos que Dios está con nosotros, y lo está de verdad.

Nos detenemos frente al belén para contemplar como Dios se ha hecho presente durante todo este año y así recordarnos que cada tiempo, cada momento es portador de gracia y de bendición. El pesebre nos desafía a no dar nada ni a nadie por perdido. Mirar el pesebre es animarnos a asumir nuestro lugar en la historia sin lamentarnos ni amargarnos, sin encerrarnos o evadirnos, sin buscar atajos que nos privilegien. Mirar el pesebre entraña saber que el tiempo que nos espera requiere de iniciativas audaces y esperanzadoras, así como de renunciar a protagonismos vacíos o a luchas interminables por figurar.

Mirando el pesebre nos encontramos con los rostros de José y María. Rostros jóvenes cargados de esperanzas e inquietudes, cargados de preguntas. Rostros jóvenes que miran hacia delante con la no fácil tarea de ayudar al Niño-Dios a crecer. No se puede hablar de futuro sin contemplar estos rostros jóvenes y asumir la responsabilidad que tenemos para con nuestros jóvenes; más que responsabilidad, la palabra justa es deuda, sí, la deuda que tenemos con ellos. Hablar de un año que termina es sentirnos invitados a pensar como estamos encarando el lugar que los jóvenes tienen en nuestra sociedad.

Hemos creado una cultura que, por un lado, idolatra la juventud queriéndola hacer eterna pero, paradójicamente, hemos condenando a nuestros jóvenes a no tener un espacio de real inserción, ya que lentamente los hemos ido marginando de la vida pública obligándolos a emigrar o a mendigar por empleos que no existen o no les permiten proyectarse en un mañana.

Queremos que nuestros jóvenes sí tengan lugar en nuestras comunidades cristianas, en nuestras parroquias. Lo pide el Papa Francisco, que en 2018 quiere que el Sínodo de los Obispos trate sobre los jóvenes y la vocación. Se

nos pide asumir el compromiso que cada uno tiene, por poco que parezca, de ayudar a nuestros jóvenes a recuperar, aquí en su tierra, en su patria, horizontes concretos de un futuro a construir, porque creen en Cristo y la alegría del Evangelio transforma su vida. "No nos privemos de la fuerza de sus manos, de sus mentes, de su capacidad de profetizar los sueños de sus mayores (cf. Jl 3, 1)", dijo el Papa el 31 de diciembre de 2016. Y también "Si queremos apuntar a un futuro que sea digno para ellos, podremos lograrlo sólo apostando por una verdadera inclusión: esa que da el trabajo digno, libre, creativo, participativo y solidario (cf. *Discurso en ocasión de la entrega del Premio Carlomagno*, 6 de mayo de 2016).

Mirar a Cristo en el pesebre nos desafía a ayudar a nuestros jóvenes para que no se dejen desilusionar frente a nuestras impaciencias y estimularlos a que sean capaces de soñar y de luchar por sus sueños. Capaces de crecer y volverse padres de nuestro pueblo.

Frente al año que termina qué bien nos hace contemplar al Niño-Dios. Es una invitación a volver a las fuentes y raíces de nuestra fe. En Jesús la fe se hace esperanza, se vuelve fermento y bendición: «Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría» (EG, 3). ¡Feliz Año!

II. Homilías

SOLEMNIDAD DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA

S. I. Catedral Primada, 8 de diciembre

La historia no es una sucesión de acontecimientos casuales, sino que hay un designio de Dios. De él nos habla la segunda lectura de la solemnidad de la Inmaculada, el himno de Efesios. Dios nos ha elegido en Cristo antes de crear el mundo y lo ha hecho con una finalidad: "para que fuésemos santos e irreprochables ante Él por el amor". Éste es el designio divino.

La relación de Dios con el mundo, efectivamente, se expresa con la palabra *crear*. No significa transformar aquello que ya existe, sino producir algo de la nada, desde un vacío. Dios muestra su poder en esta acción creadora. Si se dice de nosotros, hombres y mujeres, que somos creados de la "nada", esto significa que no somos Dios, sin duda, pero no se afirma con ello que nuestro origen sea la nada y la indeterminación indiferente, sino que es precisamente Dios, que nos ha creado por amor. Hace falta, pues, en nosotros que nos dejemos de algún modo crear, como María. Hablemos de esta creación/concepción de María. Fue inmaculada. ¿Qué quiere decir esto? Que lo recibe todo de Dios y que se deja crear.

En la literatura de los Padres de la Iglesia, escritores y pastores de los primeros siglos cristianos, la imagen de la Virgen es la luna, pues con ésta se la compara. Mientras toda la tierra, que no está iluminada por el sol, está en la oscuridad, la luna toma, también durante la noche, la luz dorada del día. Igualmente es símbolo de María el mar (en latín el plural de esta palabra es *maria*), en el que, como se imaginaban los antiguos, el sol declina en el atardecer y surge puro y resplandeciente tras la aurora. Por eso ser creados significa recibir. Pero no se trata, y menos en María, de un recibir pasivo, de una falta de actividad. Hay siempre una colaboración del ser humano con Dios.

¿Cómo se puede imaginar esta colaboración? No como cuando dos caballos tiran juntos del mismo carro. La obra que realiza la gracia de Dios es toda de Dios y toda nuestra, pero desde un punto de vista distinto. María es llena de gracia porque el Omnipotente ha hecho en ella cosas grandes (cfr. Lc 1,49). No tiene nada que no haya recibido de Dios. Sin embargo, lo que ha recibido es la realidad sublime. Cristo dice en el Evangelio: "Mi Padre no deja de trabajar, y yo también trabajo" (Jn 5,17). Conocemos un icono oriental llamado "El ojo que no duerme". Representa la imagen de la Virgen María con el Niño en brazos, que duerme con un ojo cerrado y otro abierto. Se refiere a un versículo del Cantar de los Cantares (5,2): "Yo dormía, peor mi corazón velaba". Expresa el icono la actividad de Cristo en el mundo.

Pero con la gracia, el ser humano participa en la acción de Dios omnipresente y omnipotente. Quiere esto decir que, si admitimos que la joven Virgen de Nazaret recibió la plenitud de la gracia (es la llena de gracia), debemos también admitir que encontramos actividad de Nuestra Señora dondequiera que Dios trabaja: en la Iglesia, en los sacramentos, en las oraciones, en las vocaciones al sacerdocio y a la vida religiosa, en las vocaciones al matrimonio y, en general, en cualquier lugar donde recibimos un don del Padre de las luces. Claro, si Dios trabaja en la naturaleza, en el viento, en las maravillas de la providencia, ¿no va a trabajar en un alma creada a su imagen y semejanza y plenamente dispuesta a dejarse guiar por Él como María?

No nos extraña que de la Virgen dijera san Bernardo: "De María jamás diremos lo suficiente". Tampoco nos extraña que los fieles pongan las imágenes de la Virgen en todas partes donde rezan, frecuenten los santuarios marianos, recen el rosario, etc. En ella vemos a aquélla en que el Señor trabajó más y la que mejor se abrió a la acción de la gracia, precisamente para que fuera posible que llegara a ser la Madre de Dios e inmaculada en su concepción.

Algunos puristas nos dicen que menos hablar de María y más de Cristo, o que el sacrificio de la Misa, la cruz y el sagrario tienen que tener un puesto más importante que las imágenes de la Virgen. ¿Quién lo duda? Pero, ¿significa esto que hay que ser unos iconoclastas de María? No entenderíamos la obra

de Dios, si opusiéramos el Hijo de Dios a su Madre. Hace ya muchos años que el Papa Pío XII trató de reconciliar estas aparentes dificultades (encíclica *Ad coeli reginam*). No sé si lo consiguió, pues aparece el problema de cuando en cuando. Hablaba le Papa de la introducción de una nueva fiesta de la Virgen, *María reina del cielo*, y de la consagración del mundo al corazón de la Virgen María. Y afirma: todas estas devociones marianas perderían eficacia si no hiciésemos el esfuerzo de imitar las virtudes de María, si no buscásemos la justicia, si no cultivásemos la castidad. La mejor devoción mariana es vivir una verdadera vida cristiana, en la que Dios hace y hacemos nosotros.

Podemos pensar que la Concepción Inmaculada de la Virgen María hace de ella una persona sin libertad, pues sólo puede hacer el bien y no pecar. No es así. María, concebida sin mancha de pecado, esto es, Inmaculada, acepta libremente ser Madre del Redentor. Precisamente su asentimiento es más libre porque no pesa sobre Ella la carga del pecado. Y junto con la sanación de su libertad, Dios le concedió multitud de gracias orientadas hacia el don de ser la Madre del Salvador.

Si la mejor devoción mariana es vivir una verdadera vida cristiana, entonces el que evita el pecado, el que trata de superar las imperfecciones, que sigue fielmente los deberes del propio estado, que busca instruirse en la fe, que vive con la Iglesia, que ayuda a los pobres, es una persona que cultiva el culto mariano, aunque no lo diga en voz alta. Cuando colaboramos con la gracia de Dios, estamos también en íntimo contacto con María, que es la llena de gracia.

"La vida nueva –escribe san León Magno- que comenzó en el útero de la Virgen, comienza también en la fuente bautismal. Dios le ha dado al agua lo que le ha dado a su Madre. La fuerza del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo (cfr. Lc 1,35) hacen de María la Madre del Redentor, y ellos también actúan en el agua del Bautismo para el renacimiento de los fieles".

La llena de gracia, la concepción inmaculada son ciertamente privilegios personales de María, pero no la separan de los demás hombres y mujeres. Al contrario, la unen íntimamente con ellos, de modo que verdaderamente podamos llamarla madre nuestra, madre de la gracia. Lo que necesitamos es creernos que Dios puede hacer en nosotros obras grandes, maravillas, porque somos "capaces de Dios" y Él se ha mostrado capaz de amarnos y llenarnos.

Precisamente porque Dios ha elegido a María como su madre terrena, la ha purificado del pecado. Algo que tiene consecuencias también para nuestra vida cristiana. Todos somos elegidos por vocación divina para ejercitar alguna función en el Reino de Dios. Si somos conscientes de esta elección, y si colaboramos con nuestra vocación, la gracia divina nos purifica progresivamente del pecado y de todas sus consecuencias hereditarias y nos conduce a la santidad. Pero esto no será posible si no creemos en esta posibilidad. "Dichosa tú que has creído que lo que te ha dicho el Señor se cumplirá" (Lc 1,45). Pidámosle a Ella

que nos consiga del Señor ser fieles, esto es, creer que podemos ser cristianos en esta sociedad, que esto no es un sueño inalcanzable.

"Gracias porque supiste ser la más maternal de las vírgenes, la más virginal de las madres. / Gracias porque entendiste la maternidad / como un servicio a la vida ¡Y qué Vida! // Gracias porque entendiste la virginidad / como una entrega ¡y qué entrega! / Gracias por ser alegre en un tiempo de tristes, / por ser valiente en un tiempo de cobardes. //Gracias por atreverte a ir embarazada hasta Belén, / gracias por dar a luz donde cualquier otra mujer / se hubiera avergonzado... (Gracias) por ser entre los hombres y mujeres todos de la tierra / la que más se ha parecido a tu Hijo, / la que más cerca ha estado y está aún de Dios. (J. L. Martín Descalzo, Razones, p. 1074-75).

SAGRADAS ÓRDENES DE PRESBITERADO Y DIACONADO

S. I. Catedral Primada, 17 de diciembre

Un saludo grande a cuantos os habéis congregado en la SICP en la celebración del domingo III de Adviento en la que dos diáconos de nuestra Iglesia serán ordenados presbíteros. Junto a ellos, será ordenado un nuevo diácono. Hemos de seguir la recomendación del Apóstol: "Estad siempre alegres". Claro, pensarán, ´habla de alegría porque estamos ya casi en Navidad. No, hermanos, es que la alegría es la señal de que la naturaleza ha alcanzado su objetivo y todo se ilumina a la luz de Dios. Esta, creo yo, es la alegría que tienen estos hermanos cuando está tan cerca su ordenación. Es la alegría de sus padres, su familia, sus parroquias. Es la alegría de la Iglesia, porque ellos, siguiendo la llamada de Cristo, han sido fieles a esa vocación. Es la constatación de que se puede responder a Dios, a Jesucristo, también hoy, cuando parece que no son tiempos de vida para ser sacerdotes, consagrarse a Cristo en su Iglesia.

Sí son tiempos, sin duda, para vocaciones al sacerdocio hoy, o a la vida consagrada, con una entrega total, aun en medio de nuestra debilidad. Dios es grande, siempre mayor. Por acompañar la vida de estos hermanos en estos años del Seminario, recibid vosotros también, Sr. Rector y Formadores, mi acción de gracias y sed partícipes de esta alegría de la ordenación que hoy experimentamos. Por supuesto, ésta es hoy también mi alegría.

El evangelio nos muestra a un hombre enviado por Dios, que se llamaba Juan y que era testigo, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por medio de él. Pero no era la luz, sino el que daba testimonio de la luz. Es una buena descripción de lo que es un cristiano y de lo que es un sacerdote, testigo de la luz, para que todos creyeran en Cristo por medio de él. Nada

hay más importante que la luz para llegar a la verdad que nos hace libres y da sentido a nuestra vida. Cuentan que un astrónomo defendió a un hombre inocente acusado de homicidio. En el juicio, al indicar el acusado que vio al verdadero asesino huir después del delito, no fue creído. Fue condenado, pues a la pregunta "¿a qué distancia vio usted al asesino?", contestó que bien podía ser que a unos doscientos metros. El jurado concluyó que no fue posible haber visto tan lejos al asesino, siendo de noche y en un valle oscuro. ¿Cómo ayudó el astrónomo al inculpado? Sencillamente porque al leer en el periódico cuándo había sido el día del crimen, controló la fecha del delito en su agenda y descubrió que, precisamente ese día, la noche había sido clara pues había sido luna llena. El acusado podía haber visto, por tanto, a esa distancia. El Tribunal aceptó el testimonio; el astrónomo, al recibir las gracias del acusado, dijo lacónicamente: "He hecho solo lo que está escrito en el Evangelio, di testimonio de la luz".

La luz es Cristo. ¿Es fácil ser testigo de este que nos dice que es el Hijo de Dios? Es fácil y difícil. Depende. Ya conocemos en el Evangelio que hay ciegos que reciben la luz, y hay quienes ven y se comportan como ciegos, porque no quieren ver. Pero no penséis que esta tarea vuestra, en vuestro ministerio sacerdotal, será fácil. No, hay que hacerla con obras y palabras, en unidad de vida, en ocasiones imprevistas e inconcebibles en otras ocasiones. Y se necesita la fidelidad, la oración, el ejercicio de la fe y la esperanza en el día a día, fiados de que en nosotros buscan la luz, su luz, no la nuestra, y que es Él, la luz quien desea siempre llegar a todos, los hombres y mujeres que son nuestros hermanos. Vamos, que es preciso complicarse la vida.

Porque, ¿cómo se puede dar testimonio de la luz? La luz se ve, o más bien se ve al mundo porque la luz lo ilumina. Sin embargo, no vemos todo del mismo modo, incluso cuando la luz es diáfana. Nuestras visiones son muy limitadas por muchos motivos. Cada hombre, decimos, ve sus cosas y para las otras es ciego; además, con frecuencia aquello que ve lo juzga según su interés. Desde antiguo se dice que hay una doble luz: la luz externa y la luz interna de los ojos. Si se trata de luz externa, mucho han cambiado las cosas desde las velas a la iluminación eléctrica cada vez más sofisticada.

Pero, ¿cómo se puede perfeccionar la luz interna de los ojos? Me temo que aquí no hay tanto progreso y, en ocasiones, regresiones grandes. Pero se puede ver internamente viviendo la vida según el Espíritu y la buena educación, conociendo las causas; algo que también es útil para la reflexión religiosa. Pascal, fue educado en el espíritu científico del siglo XVII, y se preguntaba siempre de dónde provenían las cosas. Sin embargo, su espíritu religioso veía en el mundo mucha malicia. ¿De dónde proviene? Comprendí que la luz proviene de la fe para conocer el bien y el mal. Pero muchos no admiten de buena gana la luz de la fe. Y así se les escapa el conocimiento del misterio.

Lo importante para vosotros, queridos ordenandos, es que sepáis ser testigos de la fe, dispuestos a servir a la verdad. Comprobaréis que, en el fondo, los hombres y mujeres, en tantas situaciones complicadas en su interior, son en realidad incapaces de resistir a la verdad de Cristo, el atractivo tremendo de Cristo en Dios. Tú debes saber que el ser humano se comprende a sí mismo en realidad sólo a la luz de la fe y en ella comprende el mundo y el sentido de su vida.

Este servicio de la fe puede hacerlo cualquier cristiano, faltaría más; pero necesita nuestra humanidad de la gracia de la Humanidad de Cristo, que está por encima de nuestras solas posibilidades. Es la gracia de su misterio pascual que llega a nosotros en sus sacramentos. ¿Ves cuánta importancia cobra tu vida para los demás cristianos y los hombres y mujeres de buena voluntad? No se te ocurra ser sacerdote o diácono solo para ti o tu familia, o tu parroquia, o tu Diócesis. La medida es la Iglesia Universal desde una Iglesia particular. El Señor te llama de modo especial a su obra de salvación; tú mostrarás tu luz, la que Dios te ha dado, pero muestra sobre todo la luz, que es Cristo. No te pongas en el centro, que el centro es Cristo. Ponte en manos del Señor, para emprender seguro el ministerio que te confía la Iglesia. Él te entrega su Espíritu, para que en ese Espíritu encuentres apoyo. Es camino seguro.

Os confiamos a la Madre de Dios. Ella mostró a su Hijo y os ama como a discípulos que re-presentan a Cristo. Que la Virgen María ayude a todos los cristianos, y a los hombres que buscan a Dios, a llegar a Belén para encontrar al Niño que nació por nosotros, para la salvación y la felicidad de todos los hombres. Amén.

30º ANIVERSARIO DE LA ORDENACIÓN EPISCOPAL

S. I. Catedral Primada, 20 de diciembre

Queridos hermanos:

Saludo con todo afecto a cuantos habéis querido y habéis podido celebrar la Eucaristía en este día de aniversario de mi ordenación episcopal, cercana ya la Navidad. Me gustaría animar vuestra fe y exhortaros a vivir vuestra preciosa vocación, la que a cada uno le ha dado Dios y Jesucristo ha mostrado por medio de su Espíritu, pero subrayando con fuerza que esa vivencia la hagamos en la comunión de la Santa Iglesia, en la que Cristo nos ha salvado en esperanza.

Aunque la Iglesia está organizada en distintos estados y vocaciones, sin embargo, todos somos uno en Cristo Jesús. Y eso nos da fuerza a todos para cumplir la misión que Cristo nos ha otorgado: anunciar el Reino de Dios, que es su Hijo Jesucristo, vivirlo como testigos en medio del mundo. Esta

diversidad de vocaciones en modo alguno es causa de división entre los que somos miembros del Pueblo de Dios, ya que todos, por humilde que parezca su función, están unidos a la Cabeza. En efecto, nuestra unidad de fe y de Bautismo hace de todos nosotros una comunidad sin discriminaciones, en la que todos gozamos de la misma dignidad, según aquellas palabras de san Pedro, tan oportunas: "También vosotros, como piedras vivas, entráis en la construcción del templo del Espíritu, formando un sacerdocio sagrado, para ofrecer sacrificios espirituales que Dios acepta por Jesucristo; (...) Vosotros sois una raza elegida, un sacerdocio real, una nación consagrada, un pueblo adquirido por Dios" (1 Pe 2, 5.9).

Todos los cristianos deben saber que somos partícipes del linaje regio del oficio sacerdotal. ¿Qué hay más regio que un espíritu que, sometidos a Dios, rige su propio cuerpo? ¿Y qué hay más sacerdotal que ofrecer a Dios una conciencia pura y las inmaculadas víctimas de nuestra piedad en el altar del corazón?

Aunque esto, por gracia de Dios, es común a todos, sin embargo, es también digno y saludable que os alegréis del día de mi ordenación episcopal como de un don que os atañe también a vosotros; para que sea celebrado de este modo en todo el cuerpo de la Iglesia el único sacramento del pontificado, cuya unción consecratoria se derrama ciertamente con más profusión en la cabeza, pero desciende también con abundancia hasta todos los miembros del Cuerpo de Cristo.

Por eso, amadísimos hermanos, aunque todos tenemos razón para gozarnos de nuestra común participación en este oficio Sacerdotal del Obispo, nuestro motivo de alegría será más auténtico y elevado si no detenéis vuestra atención en mi persona: es mucho más adecuado y provechoso elevar la mente hasta Aquél a quien yo re-presento, el Verbo hecho carne, que habita ya entre vosotros desde su primera venida en Navidad, porque se entregó totalmente a la salvación del género humano y en los Doce, con Pedro a la cabeza, fundó la Iglesia, tierra fértil que posibilita cada día la venida de Cristo que llega a nuestro encuentro en cada hombre y mujer y en cada acontecimiento, en los sacramentos sagrados, que nos garantizan su presencia hasta el fin del mundo.

Cada día me siento más cercano a vosotros, hermanos, en esta Iglesia de Toledo, aún en medio de mi pobreza y limitaciones para tarea tan grande. Y lleva casi todo mi tiempo evangelizar y reflexionar cómo se puede evangelizar mejor, procurando conseguir condiciones mejores para que Cristo sea conocido, aceptado y amado y que sepamos transmitir la fe que nos entregaron nuestros mayores a las nuevas generaciones, que tienen dificultades añadidas para creer en la sociedad actual. En este momento del aniversario de mi ordenación episcopal, el trigésimo, mucha paz me han dado unas palabras de Benedicto XVI. Es un resumen de un discurso más largo, que el Papa Ratzinger

dirigió a un grupo de obispos polacos en visita "ad limina Apostolorum". Me parecen muy certeras y aplicables a este momento:

El secreto de la nueva evangelización está en la colaboración entre obispos, sacerdotes, religiosos y laicos. Con su manera de vivir, el obispo muestra que el *modelo de Cristo* no está superado. Una diócesis refleja el modo de ser de su obispo. Sus virtudes –castidad, pobreza, oración, sencillez, finura de conciencia- se graban en el corazón de los sacerdotes. Éstos, a su vez, transmiten estos valores a sus fieles, y así los jóvenes se sienten atraídos a responder generosamente a la llamada de Cristo. Es importante prestar particular atención a la calidad de la formación del Seminario y tener presente, no sólo la preparación intelectual, sino también la espiritual y emotiva. Cuando es necesaria una advertencia, no debe faltar el amor paterno.

El obispo también debe orientar a los religiosos a integrarse en el programa diocesano de evangelización, en colaboración con los sacerdotes y con las comunidades de laicos. Éstos tienen una tarea insustituible, pues se desarrolla en la vida cotidiana, en ámbitos en los que el sacerdote llega con dificultad. La participación en la vida pública es tarea específica del laicado. Todos y cada uno tienen el derecho y el deber de participar en la vida de la "polis". La Iglesia no se identifica con ningún partido, ni con un sistema político. Recordaba entonces el Papa Benedicto que los laicos comprometidos en la vida política tienen que dar un testimonio valiente y visible de los valores cristianos, que deben ser afirmados, y defendidos si son amenazados. Los laicos deben hacer esta labor públicamente, ya sea en los debates de carácter político, como en los medios de comunicación. Para que la acción política sea eficaz, debe tener tres condiciones: el amor por la verdad, el espíritu de servicio y la solidaridad en el compromiso a favor del bien común (cf. Discurso de Benedicto XVI a un grupo de obispos polacos en visita "ad limina Apostolorum", el 3.12.2005).

Por supuesto, me falta todavía mucho para alcanzar esa forma de vivir el ministerio episcopal a la que alude Benedicto XVI; mis virtudes no son tales y tal vez por eso no transmito esa vida a los sacerdotes, religiosos y laicos, sobre todo a los jóvenes. Pero lo deseo con toda el alma y os pido que oréis para que sea un buen pastor. También sé que –y no quiero hacer un juicio temerario- a sacerdotes, religiosos, laicos, entre ellos a los seminaristas, os falta igualmente más santidad, unidad y dedicación al Reino de Dios. Pero también os exhorto a entusiasmaros con estas metas de colaboración, unidad, mutua ayuda y comunión eclesial.

Ante nuestra Señora, que nos va a mostrar pronto al Salvador, pedimos todos más pasión y deseo de vivir en Cristo Jesús, dispuestos a evangelizar y a cambiar esta sociedad nuestra, que aparentemente está muy satisfecha sin Dios, pero que muere del frío de vidas sin el fundamento de la existencia puesto en Cristo, el Salvador.

III. Otros escritos

MENSAJE DE NAVIDAD

Buenas noches. ¿Me permiten que en este momento de la Nochebuena les dirija unas palabas a ustedes, católicos, pero también a otros cristianos y a quienes nos vean y que no celebren muy convencidos esta fiesta del Nacimiento de Cristo? Lo que celebramos es muy sencillo: nace el Hijo de Dios en persona, Aquél que existe desde toda la eternidad... enriquece a todos los demás hombres, haciéndose pobre Él mismo, ya que acepta la pobreza de nuestra condición humana, para que podamos conseguir las riquezas de la divinidad. Quiere esto decir que cada uno de nosotros podemos llegar a ser hijos de Dios y, así, amar ser amados por encima de nuestras diferencias de cultura, de dinero, de riquezas, de razas, ideologías y conflictos.

Y lo que sucede es actualísimo, no ha pasado, aunque para muchos Navidad sea una fiesta más. Unas fiestas de invierno, días para solo divertirse y no amar, pasar unas vacaciones sin preguntarse qué significa Navidad y por qué la celebramos.

Les invito a ir más allá de una celebración de la Navidad política y socialmente correcta; a pensar qué cambió cuando Cristo nació y se nos dio como regalo –el regalo-. También lo que ese Niño significa para las relaciones con los demás: acercamiento a cuantos nos rodean, preocupación por los más pobres, vivir un sentido de justicia y un rechazo de situaciones de injusticia por terrorismo, por exclusión de los demás, por la guerra y el hambre provocadas sin sentido o porque no cuidamos de la madre tierra.

Los católicos además debemos vivir Navidad como miembros de la Iglesia de Cristo, que en cada comunidad, empezando por el propio hogar, compartimos la misma esperanza. En definitiva, la Navidad debe renovar nuestras actitudes de amar a Dios, a Cristo, de encontrarnos con Él; de ser mejores padres y madres, mejores hermanos, mejor familia, mejores vecinos, mejores compatriotas; de querer más a enfermos y quienes necesiten más amor por la soledad, sufrimiento, momentos difíciles de la vida.

En la tradición de la cena familiar de Nochebuena, no olviden que lo más importante no es lo que cenamos, sino la mirada de amor a quienes nos rodean, porque hemos invitado a Jesús y su familia, a José y a María que han recibido en su casa al recién nacido. También nosotros podemos recibirlo esta noche en tantos y tantos que necesitan el amor de Dios.

Desde estos medios de comunicación, Radio Santa María y Canal Diocesano, pido al Señor una buena Navidad, sobre todo para los que más sufren y necesitan el amor del Niño nacido en Belén.

Que Dios les bendiga y ¡Feliz Navidad!

Secretaría General

I. Decretos

Nos, Doctor Don Braulio Rodríguez Plaza
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Supresión de la Casa de Dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazaret de Portillo de Toledo

En atención al escrito presentado con de fecha del pasado día 19 de diciembre por la M. Gloria Edelmira Rodríguez, Superiora Provincial de las Hermanas "Dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazareth", de la Provincia Santo Domingo de Guzmán, en el que nos comunica que, con la aprobación de su Consejo, han acordado suprimir la Comunidad sita en PORTILLO DE TOLEDO, en la Residencia de "Nuestra Señora de la Paz".

En conformidad con el canon 616 del Código de Derecho Canónico y los Estatutos propios de las Hermanas Dominicas Hijas de Nuestra Señora de Nazareth, por las presentes, accedo a lo solicitado y doy el Visto Bueno para que, conforme a derecho y sus Constituciones, quede suprimida la referida Casa.

Así mismo, y a tenor del canon 1224, decretamos extinguido el permiso de Oratorio de dicha Comunidad de Religiosas.

Aprovecho la ocasión para manifestar mi más sincero agradecimiento por la generosidad con la que durante estos años han realizado su labor apostólica en la Parroquia y en la Residencia de Ancianos "Ntra. Señora de la Paz" en el pueblo de Portillo de Toledo, con un testimonio viviente del evangelio de la caridad especialmente entre los más pobres y necesitados. Que Dios nuestro Señor las bendiga siempre por su amor entregado y virtuoso ejemplo.

Dado en Toledo, a 20 de diciembre de 2017.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

***

Nos, Doctor Don Braulio Rodríguez Plaza
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España, como presidente del Instituto Superior de Estudios Teológicos " San Ildefonso", de Toledo

DECRETO DE CONSTITUCIÓN DEL AULA DE TEOLOGÍA "CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN"

En el Instituto Superior de Estudios Teológicos san Ildefonso de Toledo

El Excmo. y Rvdmo. Mons. Braulio Rodríguez Plaza, Arzobispo de Toledo, Primado de España, en calidad de Presidente del Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso de Toledo,

EXPONE

El deseo de promover el estudio de las disciplinas eclesiásticas y la formación sacerdotal inicial y permanente, para ello,

DECRETA

La constitución del AULA DE TEOLOGÍA "CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN", en la sede del Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso de Toledo, con domicilio en la Plaza de San Andrés 3, de la ciudad de Toledo, regido según el "REGLAMENTO" adjunto al presente documento.

Dado en Toledo, a 20 de diciembre de 2017.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

Aula de Teología

"CARDENAL MARCELO GONZÁLEZ MARTÍN" para la promoción de la formación sacerdotal

REGLAMENTO

Art. 1.

El Aula de Teología "Cardenal Marcelo González Martín", adscrita al Instituto Superior de Estudios Teológicos San Ildefonso de Toledo", es una institución de investigación, formación y difusión de la Archidiócesis de Toledo, cuyo fin es promover el estudio de las disciplinas eclesiásticas y la formación sacerdotal inicial y permanente.

Art. 2.

§ 1. El Aula facilitará la coordinación de las iniciativas de las instituciones especialmente implicadas en la formación del clero en la Archidiócesis de Toledo, a saber, el Instituto Teológico "San Ildefonso", el Seminario Conciliar "San Ildefonso" y la Delegación Diocesana del Clero.

§ 2. Para ello, el Aula contará con un Equipo de Coordinación que estará compuesto por el Director del Instituto Teológico «San Ildefonso», el Rector del Seminario Conciliar «San Ildefonso» y el Delegado Diocesano para el Clero.

Art. 3.

§ 1. El Director del Aula será nombrado por el Presidente del Instituto Teológico «San Ildefonso», entre los miembros natos del Equipo de Coordinación.

§ 2. Corresponde al Director coordinar el Programa general del Aula, presentando al Equipo de Coordinación las iniciativas académicas y de difusión que permitan alcanzar su fin propio.

Art. 4.

Entre los medios que el Aula empleará para alcanzar su fin, podrá proponer las siguientes actividades: 1) Jornadas de estudio; 2) Ciclos de conferencias; 3) Cursillos complementarios; 4) Temas para ser estudiados en las reuniones del clero diocesano; 5) Publicaciones en colaboración con el servicio de publicaciones del Instituto Teológico «San Ildefonso»; 6) Servicio de bibliografía especializada; 7) Exposiciones, etc.

Art. 5.

Corresponde al Instituto Teológico «San Ildefonso» dar a conocer las actividades que organice el Aula mediante los medios que ordinariamente

emplea para la difusión de sus propias actividades (comunicaciones, agenda académica, dípticos, invitaciones, etc.). Aquellas actividades del Aula que requieran mayor esfuerzo de difusión serán sufragadas desde la Administración diocesana.

Art. 6.

El presente reglamento podrá ser modificado por el Sr. Arzobispo a propuesta del equipo de prdinación del Aula, en función de sus necesidades.

Toledo, 20 de diciembre de 2017

***

Nos, Doctor Don Braulio Rodríguez Plaza
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

ACTUALIZACIÓN DE LOS ESTIPENDIOS DE MISAS EN LA PROVINCIA ECLESIÁSTICA DE TOLEDO

En conformidad con lo acordado por los Obispos de nuestra Provincia Eclesiástica en sesión celebrada el 11 de diciembre de 2017, a tenor de los cánones 952 §1 y 1264,2o del Código de Derecho Canónico, por el presente,

DECRETO

La entrada en vigor, a partir del 1 de enero de 2018, de la actualización del Decreto de los estipendios que deben ofrecerse por la celebración y aplicación de la Santa Misa y de las ofrendas que han de hacerse con ocasión de la administración de los sacramentos y sacramentales, quedando establecidos del modo siguiente:

OFRENDAS

- Exequias: 60 €
- Funerales: 15 €.

Se mantendrán las mismas cantidades para las ofrendas de los fíeles con ocasión de la administración de los sacramentos y sacramentales que se indicaban en el Decreto anterior de la Provincia Eclesiástica, 19 de marzo de 2012 (Prot. 147/12). Dígase lo mismo de las tasas de la Curia Diocesana.

Para la recta comprensión de las determinaciones de este Decreto es muy conveniente que los sacerdotes con cargo pastoral expliquen bien a los fíeles

que, cuando ofrecen un estipendio para que la celebración de la santa Misa se aplique por su intención, "contribuyen al bien de la Iglesia, y con esa ofrenda participan de su solicitud para sustentar a sus ministros y actividades" (c. 946). Y los propios sacerdotes han de tener en cuenta que la Iglesia les recomienda encarecidamente "que celebren la Misa por las intenciones de los fíeles, sobre todo de los necesitados, aunque no reciban ningún estipendio" (c. 945 §2), y ordena que "en materia de estipendio se evite hasta la más pequeña apariencia de negociación o comercio (c. 947).

Por lo que se refiere a las ofrendas con ocasión de la administración de los sacramentos y sacramentales, se ha de explicar a los fieles que estas ofrendas no son para el sacerdote sino que se han de ingresar en el fondo económico parroquial, que debe distribuirse de acuerdo con las normas establecidas por el Obispo diocesano (cfr. c. 531). Las cantidades determinadas para estas ofrendas significan que no está permitido exigir a los fieles que aporten una cantidad mayor, a la vez que recuerdan a los fieles su obligación moral de contribuir al sostenimiento de su parroquia o del templo al que acuden. En cualquier caso, téngase en cuenta que los sacerdotes han de "procurar siempre que los necesitados no queden privados de la ayuda de los sacramentos en razón de su pobreza (c. 848).

Dado en Toledo, a 20 de diciembre de 2017.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
José Luis Martín Fernández-Marcote
Canciller-Secretario General

Tasas y Estipendios de la Provincia Eclesiástica de Toledo (20 de diciembre de 2017)

A. Tasas de la Curia Diocesana

1. Asuntos Generales

Decretos de Curia	10,00 €
Partidas sacramentales:	
Legalización	5,00 €
Entables	10,00 €
Rectificación	5,00 €

2. Asuntos matrimoniales

Amonestaciones	
Exhorto para otra Diócesis	10,00 €
Dispensa de Amonestaciones	15,00 €
Matrimonios	
Licencia	15,00 €
Atestado para otras Diócesis	15,00 €
Impedimentos	
Dispensa de Impedimentos	15,00 €

3. Oratorios y Capillas privadas

Decretos	
Licencia para Oratorios	25,00 €
Licencia para Capillas privadas	300,00 €

4. Cementerios

Traslado de restos	5,00 €
Traslado de cadáveres	10,00 €
Monda	30,00 €
Concesión propiedad sepulturas	20,00 €

B. Aranceles Parroquiales

Sacramentos y sacramentales	
Bautismo	15,00 €
Matrimonio	60,00 €
Novenario e intención de misa	70,00 €
Funerales	15,00 €
Exequias completas	60,00 €
Despacho parroquial	
Extracto de Partidas	4,00 €
Certificados ordinarios	4,00 €
Expediente matrimonial completo	15,00 €
Medio Expediente	6,00 €
Estipendios de Misas	
Misas manuales	10,00 €
Misas Gregorianas	400,00 €

II. Nombramientos

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Ccon fecha 1 de diciembre:
-D. Francisco Javier Salazar Sanchís, confesor de la Asociación Pública de Fieles "Fraternidad María Estrella de la Mañana", de Villamiel.

Con fecha 15 de diciembre:
-D. José María Arroyo Moreno, capellán del monasterio de la Encarnación, de la Orden de Madres Cistercienses Bernardas, de Talavera de la Reina.

Con fecha 18 de diciembre:
-D. Luis Araujo Pulido, vicario parroquial de la parroquia de Santa Bárbara, de Toledo.
-D. Sergio Farto Valdeolmillos, vicario parroquial de la parroquia de San Juan Bautista, de Fuensalida.

Con fecha 29 de diciembre:
-D. Miguel Ángel Gómez Sánchez, capellán 3º del Servicio Religioso del Hospital "Virgen de la Salud", de Toledo.
-D. Víctor Manuel Gil Rodríguez, vicario parroquial de las parroquias de Nuestra Señora de la Asunción, de Seseña, y "La Ascensión del Señor", de Seseña Nuevo.

III. Ejercicios Espirituales

DEL 26 AL 30 DE DICIEMBRE

Toledo
Director: D. Francisco J. Fernández Perea

1. Julián Carril Sánchez.
2. Pepe Anaya Serrano.
3. José Pablo Ernst Guijarro.
4. Álvaro García Paniagua.
5. Santos García-Mochales Martín.
6. Jesús Luís Rodríguez Ramos.
7. Luís González Cuéllar.
8. Juan Manuel Uceta Renilla.

9. Pedro Pablo Hernández Laín.
10. José María Anaya Higuera.
11. Francisco Ortíz Collado.
12. José Ramón Díaz Sánchez-Cid.
13. Julio Montero Carbonero.
14. Ángel Justino Tello.
15. Carlos Gallego Rodrigo.
16. Ignacio de la Cal Aragón.
17. Luis Mariano Gómez Alonso.
18. Francisco Casas Delgado (Valladolid).
19. Manuel Moreno Jiménez (Getafe).